

Jueves Santo, día del amor fraterno. Año 2021

Hoy recordamos la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor, la institución del sacerdocio y la actitud de servicio que Jesús realizó y que nos la ofrece como modelo a seguir. Un día muy completo lleno de grandes acontecimientos

El evangelista San Juan nos presenta la narración de la Última Cena con un prólogo solemnísimos como diciéndonos que lo que nos va a decir es muy importante. Y en esta presentación de la última cena se detiene en el gesto de lavar Jesús los pies a los apóstoles. No nos narra los gestos y las palabras que Jesús realizó en el momento de instituir la Eucaristía y en su lugar nos ofrece el gesto de lavar los pies a los apóstoles.

Había llegado para Jesús la hora de pasar de este mundo al Padre, por tanto era el culmen, la meta, el final de lo que Dios Padre le había encomendado y nos lo recuerda el texto con estas palabras tan certeras: *“habiendo amado los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo”*.

Jesús está a punto de dar su vida por nosotros y antes de que ello acontezca organiza una cena con sus apóstoles en la que instituyó la Eucaristía, quedándose para siempre entre nosotros. Fueron momentos intensos de amor por parte de Jesús y en medio de ellos hay algo que no cuadra que desentona: *“el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo”*.

Amor y desamor juntos en un mismo lugar, sentados juntos en la misma mesa compartiendo el mismo plato, cara a cara el Maestro y el traidor. La cara y la cruz de la moneda ¡Que contraste!

Así es nuestro mundo. Unos trabajando por la paz y otros haciendo la guerra, unos compartiendo lo que tienen y otros derrochando por los cuatro costados ...

Y en medio de todo ello Jesús que va a ofrecerse como comida, que va a entregarse para siempre a toda la humanidad, que va a quedarse permanentemente entre nosotros.

Jesús en esta cena toma la iniciativa y realiza un gesto que no le correspondía a él realizarlo, sino que era propio de la persona más irrelevante del grupo y este gesto de aquella noche viene a ser como símbolo de lo que fue toda su vida: lava los pies de los apóstoles y nos hace saber que si queremos ser sus seguidores ese es el verdadero camino: tomar el lugar de los últimos, ponerse al servicio de los demás. Pedro no lo acepta, protesta, a lo mejor porque podía pensar que eso es lo que a ellos les tocaría hacer con unos y con otros: rebajarse, humillarse, ser servidores. Jesús le reprende y le amenaza. Si no se deja lavar los pies no puede ser de los de Jesús. Al final acepta.

Y Jesús, de forma categórica, cuando ha terminado de lavar los pies a los apóstoles, les dice y podemos perfectamente aplicarnos las mismas palabras a nosotros: *“Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien pues lo soy. Pues si yo el Maestro y el Señor os he lavado los pies también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros también lo hagáis entre vosotros”*.

Es de agradecer, una vez más, este gesto tan sencillo y elocuente de Jesús. Él es el maestro, él nos enseña y como hace en otras ocasiones sus enseñanzas no se quedan en palabras, sino que su enseñanza se apoya primero en unos hechos que después se convierten en la palabra. Pero primero va el gesto que después será acompañado por la palabra.

Me llama la atención, de una forma especial, cómo a Jesús, siendo conocedor de la inminente traición de Judas, uno de los doce, eso no le impide seguir con la suya, llevar adelante su proyecto: quedarse en la Eucaristía y lavarles los pies a los apóstoles, como símbolo de lo que fue su vida y de lo que ha de ser las vidas de todos sus seguidores.

Efectivamente, como dice Jesús, él es el Maestro y eso lo lleva maravillosamente a la práctica. Él es un maestro que no se queda en unas teorías, en unas palabras sino que siempre pone por delante unos hechos, una vida, una manera de ser y de actuar que en segundo lugar, después lo traducirá en unas palabras, en una doctrina.

Es lo que yo veo más importante de ese texto. Tal vez nosotros, al contrario de Jesús somos maestros de palabras y nos hacen falta gestos. Toda una interpelación la de Jesús para nuestras vidas

¡Señor! ayúdanos para que en nuestras vidas nunca falten gestos elocuentes que expresen nuestro seguimiento a tu persona, nuestra aceptación de tu proyecto.

Eduardo García Salvador, diócesis de Segorbe-Castellón